

escuche mis palabras y no las practique, este es el hombre insensato, él edifica sobre la arena. La lluvia cae, los torrentes se desbordan, los vientos soplan y conmueven esta casa, y ella se derrumba, y la ruina es grande."

La sabiduría pagana y la moral judía son sobrepujadas. Lo que la una había entrevisto, Jesús lo manifiesta; lo que la otra había bosquejado él lo acaba. No hubo un sabio antes de él, que no hubiera hecho á la debilidad ó al mal, alguna concesión hábil; Jesús no tiene ninguna necesidad de ningún compromiso, él da la palabra suprema de la justicia y de la santidad, y él solo tiene el derecho de exigir la perfección, de ordenar el heroísmo, porque solo él comunica á la conciencia frágil la energía de Dios. El arranca á la humanidad de las pasiones que le tiranizan, á la cólera y á la voluptuosidad, á la venganza y al odio, él le enseña la dulzura y la austeridad, la bondad y el amor; él la desarraiga de la tierra en donde ella se agota y muere; él la lleva purificada al Padre que está en el cielo y que sólo puede darle la felicidad y la vida sin límites.

El dolor no es un obstáculo, es un medio. Los que renuncian á todo poseen á Dios; los que sufren son los dichosos; los mansos y los humildes son los mas fuertes; los perseguidos son los triunfantes; los hambrientos de justicia, los satisfechos; y los corazones puros de todo egoísmo y de toda voluptuosidad ven á Dios. El sacrificio es la palanca que debe levantar al mundo. La sabiduría humana está derribada.

He aquí la obra legislativa de Jesús, en su absoluta belleza.

La crítica desarmada se inclina ante ese monumento de una armonía y de una intrepidez divinas que domina á todo y que eleva á Jesús por encima de todos los maestros; el monumento ha engrandecido con los siglos; como la turba de los Galileos le admiraba, el hombre le mira aun y le admira; él le orienta y le asegura, marcándole la vía y mostrándole el fin; él es la pirámide levantada en medio de las arenas movedizas del desierto por el que pasa la humanidad.



CAPITULO V.

EL VIAJE Á NAIM.

El sermón de la montaña es, en la vida pública de Jesús y en el cumplimiento de su papel mesiánico, un acto de autoridad absoluta. Como Legislador y como Maestro que no depende de nadie, él ha dictado á toda conciencia su ley, formulado sus preceptos, inculcado su Espíritu. El no ordena en el nombre de Dios como un simple profeta, él habla en su propio nombre; él no repudia á Moisés, él le completa y le domina; pero el rechaza la enseñanza tradicional de los doctores y levanta contra él el acta de la más enérgica acusación; él se dice el único Maestro, y sólo á él es á quien se debe escuchar.

Esta actitud va á levantar la animosidad del mundo oficial para quien el nuevo Profeta no será más que un perturbador. A medida que su obra se desarrolle, hostilidad, asechanzas y amenazas irán en aumento: está en los designios de Dios que ella crezca en medio de la lucha y por la lucha.

Sin embargo, el Padre celestial da á Jesús algunos días tranquilos; él lleva sobre sus pasos almas dulces y confiadas que le consuelan de la oposición de sus enemigos, porque

ellas ponen en juego su virtud divina y le dan la única alegría que él jamás buscó entre los hombres: curar á los enfermos, consolar á los afligidos, salvar á los pecadores.

Jesús bajó de la montaña, seguido del gentío que se le había unido en Koroum-Hattin y á quien su palabra había entusiasmado; volvió á Capharnaum, en donde no tuvo sino una breve permanencia.

Habla en la ciudad un centurión, probablemente un soldado romano al servicio de Herodes Antipas.¹ Ese pagano había conquistado por su generosidad la simpatía de los Judíos, y manifestó, además, por su religión, un celo ardiente; este era un corazón recto y bueno.

Uno de sus sirvientes, á quien él amaba mucho, se moría, atacado de parálisis. El había oído hablar de Jesús. La curación del hijo de otro centurión, la resurrección de la hija de Jairo, de un paralítico, del hombre de la mano seca, y otros tantos milagros, le inspiraron confianza. El envió á Jesús una diputación de ancianos,—sin duda los jefes de la sinagoga,—para suplicarle viniese y curase á su sirviente. Estos conjuraron con insistencia al Maestro:—No rehuséis, le dijeron, él merece que hagáis esto por él; él ama á nuestra nación, y también nos ha edificado una sinagoga.

Jesús marchó con ellos; y como él se avanzara hacia la casa, el centurión le descubrió entre el cortejo. La vista del Profeta le hizo experimentar un sentimiento de veneración mezclado de temor. El temía recibirle en su morada, y envió á algunos de sus amigos á decirle:—Señor, no os molestéis, yo no soy digno de que entréis en mi morada, y no me juzgo digno de ir hasta vos; mas decid una sola palabra y mi sirviente será sano. Porque aunque bajo la potestad de otro, tengo soldados á mis órdenes; y digo al uno: Vete, y él se va; al otro: Ven, y él viene; á mi esclavo: Haz esto, y lo hace.

¹ Mat. VIII, 5-15; Luc. VII, 1-10.

Jesús se detuvo admirado.

La humildad, la reserva, la confianza de ese pagano le conmovieron.

—“En verdad yo os digo,” exclamó, volviéndose al gentío que le seguía, “no he hallado ni en Israel una fe tan grande.”

Su pensamiento, que siempre penetraba más alto y más lejos que la realidad inmediata, vió en este hombre al mundo pagano entero que debía acoger á aquel á quien los Judíos habían rechazado.

—“Muchos,” agregó él, “vendrán del Oriente y del Occidente á sentarse con Abraham, Isaac y Jacob en el Reino de los cielos, mientras que los hijos del Reino serán arrojados afuera en las tinieblas. Ahí serán los llantos y los crugidos de dientes.”¹

Después, respondiendo á los amigos del centurión:

—“Id y decid al centurión que se haga como él ha creído.”

De regreso á la casa, los enviados hallaron sano al sirviente.

El día siguiente debía traer á Jesús una gran alegría. El dejó á Capharnaum, tomó la ruta de Damasco ó Jaffa por el Thabor y el llano de Jizreel, y después de una ó dos jornadas de camino, llegó cerca de una pequeña ciudad llamada Naim, al pie de Djebel-Dahy. Sus discípulos le acompañaban, y la multitud, como siempre, acudía sobre sus pasos.

El se aproximó á la puerta de Naim,² cuando un cortejo fúnebre se avanzó. El que se iba á sepultar era un hijo único, y la madre era una viuda. Un gentío inmenso le rodeaba.

La vista de esta mujer afligió á Jesús. Sus lágrimas movieron su piedad.

¹ Lejos del Reino de Dios, el hombre está en la noche del error y en las angustias del mal. El festín eterno con Abraham, Isaac y Jacob, era entre los Judíos una imagen popular de la felicidad celestial. Jesús amaba ese símbolo. El ha hecho numerosas alusiones en sus sermones á la multitud como en sus pláticas íntimas. “Yo no beberé del fruto de la vida,” dirá poco antes de morir; “hasta el día que yo lo vuelva á beber con vosotros en el Reino de mi Padre.” (Mat. XXVI, 29; Marr. XIV, 25). Ser arrojado fuera de la sala iluminada y adornada del banquete, en la noche fría y helada, simbolizará la reprobación y la desgracia suprema.

² Luc. VII, 11 y sig.

—“No llores,” la dijo.

En seguida se acercó á la parihuela en donde el muerto descansaba con el rostro descubierto, y le tocó. Los que le conducían inmediatamente se detuvieron. Jesús levantó la voz:

—“Joven, yo te lo mando, levántate!”

El muerto se levantó, se sentó y se puso á hablar. Y Jesús, dice el Evangelio, lo entregó á su madre. Palabra profunda de una delicadeza exquisita. El muerto bien pertenecía á aquel que le había resucitado y que no le había hecho suyo sino para devolverle á su madre. Hubo en la multitud un estremecimiento de temor, después una aclamación de alegría y de alabanza. Se puso á exclamar:—Un gran profeta ha surgido entre nosotros y Dios ha visitado á su pueblo!

La multitud tiene el don de esas aclamaciones poderosas que le arranca la verdad. Los letrados, ciegos por su ciencia, obstinados en sus doctas ocupaciones, dejan pasar la luz de Dios sin ver ni comprender; pero el pueblo, sensible hasta el exceso y sencillo de corazón, es subyugado por el milagro; él se detiene aterrorizado ante la omnipotencia y él aclama la bondad.

Esta es la segunda resurrección operada por Jesús. Como el Padre vivifica, el Hijo tiene el mismo poder. Los profetas han mandado algunas veces á la muerte, en el nombre de Dios y en el nombre de Jesús; ellos son la ocasión más bien que el instrumento del milagro, ellos piden á Dios intervenir y mostrarse, pero Jesús es el dueño de la vida y de la muerte; él habla como Señor y la muerte le obedece como Dios.

Su potestad siempre está al servicio de su bondad, y su bondad sin límites, siempre al servicio del hombre. Todo lo que muere puede revivir á su llamada; y en ese campo fúnebre de la humanidad en donde el pecado ha sembrado la muerte, Jesús, al destruir el pecado, hace germinar la vida. Este adolescente de Naim no es más que un símbolo de las almas innumerables que la Iglesia llora y á quien la voz del Salvador vuelve todos los días á la vida de Dios.

Naim no es más que una aldea miserable de pobres fellahs sucios, andrajosos, que viven en vecindarios más asquerosos que ellos. Entre las ruinas de la ciudad primitiva, se pueden reconocer los restos de dos mezquitas que fueron antiguas capillas cristianas; los nopales rodean las casas grises de sus anchos zarzales verdes, en medio de los cuales se levanta, muy blanca, una pequeña iglesia, como una aparición divina. Este es el mismo lugar en el que Jesús resucitó al hijo de la viuda.

El milagro de Naim hizo gran ruido en todo el país del contorno y en la Judea entera; ninguno tuvo más esplendor. La opinión parecía subyugada y convencida; evidentemente Dios se mostraba en fin, él estaba con su pueblo, y el Profeta de Galilea era su enviado.

El eco de esos rumores no tardó en llegar á oídos de Juan Bautista. Las noticias se esparcían en Oriente, á través de esas poblaciones expansivas y curiosas, con una celeridad extrema. Si alguno en la nación debía seguir con un interés palpitante la acción de Jesús, era el prisionero de Herodes. Ninguno esperaba con más impaciencia la venida del Reinado que él había anunciado como próximo. Desde el fondo de su cautiverio, en la fortaleza de Macherous, él vivía en espíritu con aquel á quien había designado como el Elegido, él le seguía, le miraba crecer. Los prisioneros no estaban privados de toda comunicación con el exterior; los más severamente tratados, aun á los que se encadenaba, recibían á su familia y hasta á sus amigos. Los discípulos de Juan iban y venían, le llevaban los pormenores de las obras de Jesús, y le informaban del estado de la opinión.

Nada agobia más á una alma á quien el celo devora como verse reducida á la impotencia. Juan lo experimentó en su prisión.

1 Cf. Victor Guérin, *Descript. de la Palestine.*—Galileo, t. I, p. 179.

El no ignoraba que el destino del Mesías era laborioso, que él hallaba ya una oposición violenta de parte de los Fariseos, de los sacerdotes, de los ancianos; y él nada podía para ayudarle en su obra. A este sufrimiento se añadía una angustia íntima, más cruel todavía que su inacción forzada y el presentimiento de su fin próximo, era la duda de sus propios discípulos respecto á Jesús, su celo, su desconfianza persistente. Esos sentimientos, que se habían revelado ya antes de su cautiverio, no habían hecho más que crecer. Las más altas revelaciones de Dios, su amor por Jesús, la inteligencia de su papel mesiánico y del nuevo Reino,—lo más puro de su talento,—no habían penetrado su conciencia. A pesar de todos sus esfuerzos, él les hallaba estrictos, rebeldes, celosos, haciendo á menudo causa común con los enemigos de su Maestro. No solamente ellos reprochaban á los discípulos de Jesús su poca rigidez y piedad, sino que no querían reconocer en Jesús al Mesías de los profetas. Los milagros brillantes que ellos habían visto no les persuadían. Después de todo, la situación permanecía la misma; el Reino del pueblo de Dios no aparecía, y nada en Jesús le dejaba ver que él pensase en esta restauración necesaria, que él parecía despreciar más bien y condenar; si él era el enviado de Dios, tal vez no era el Mesías triunfante: los discípulos de Juan tropezaban con esas dificultades, sin que las exhortaciones del prisionero llegaran á calmarles, á desengañarles.

Respecto de él, su fe no conoció eclipse; él no era de la raza de los indecisos y de los versátiles. El Espíritu que le escogió desde el seno de su madre no le abandonó nunca; él no conoció las vacilaciones ni las contradicciones. La voz divina que él había oído le repetía el nombre del Hijo muy amado, el nombre del Cordero que borra los pecados del mundo. El sabía que la víctima llegaría á ser en el día de Dios, el gran juez, y bajo la humilde apariencia del hombre, él veía en Jesús á aquel que tiene el harnero en su mano. La prisión no había hecho vacilar las convicciones del profeta.

Los perseguidos por la justicia no se alejan de Dios, ellos están sostenidos por él y afirmados en su fuerza.

Fiel, heroico hasta el fin, Juan halló en la angustia que le causaron sus discípulos, una inspiración digna de su gran alma. El convocó á los suyos:

—Id á Jesús, les dijo, y llevadle este mensaje: ¿Vos sois Aquel que viene, ó debemos esperar otro?

Juan se eclipsa en su impotencia. Lo que le es incapaz de cumplir, Jesús sabrá hacerlo; él le da por este mensaje un testimonio supremo de confianza y le intima á declarar su mesianidad.¹

Los documentos no nos dicen el lugar en donde se hallaba el Señor cuando llegaron los enviados de Juan.

En el momento en que éstos se le unieron, Jesús, rodeado por la multitud, curaba á los enfermos, arrojaba á los demonios y devolvía la vista á los cigos. Los enviados se acercaron á través de la multitud, diciendo:

—Juan Bautista nos ha enviado á vos con este mensaje: ¿Sois Aquel que viene, ó debemos esperar á otro?

La respuesta fué firme y decisiva:

“Id, referid á Juan lo que habéis oído y visto: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son purificados, los sordos oyen, los muertos resucitan, los pobres son evangelizados.” En seguida agregó una palabra de una tristeza amenazadora con respecto á los que resistían á esos signos: “Dichoso aquel que no se hubiere escandalizado de mí.”

¹ Mat. XI, 2-19; Luc. VII, 18 y sig.

² Esta interpretación del mensaje de Juan está conforme con la tradición casi unánime de los Padres y de los doctores, con excepción de Tertuliano y de Justino (Tertul. *De baptim.*, ch. X. I. IV. *Cont. Marcion*, c. XVIII: Just., *Quaer.*, XXXVIII; *Ad ortodox.*); la crítica racionalista, naturalmente la combate, ella quiere que Juan haya sido débil y dudado de Jesús en su prisión.

Una idea semejante suscita objeciones irrefutables: la una sacada del carácter mismo de Juan, la otra del testimonio formal de Jesús. Uno de los rasgos culminantes de la naturaleza del Bautista es la firmeza: pues bien, semejantes naturalezas no se debilitan por la prueba, ella más bien las confirma; y si el prisionero de Herodes hubiera vacilado en sus convicciones mesiánicas, cómo Jesús escogió el momento mismo en el que él desfallece, para exaltarle sobre todos los profetas, para llamarle el verdadero Elegido?

La cuestión puesta por Juan á Jesús apelaba á una declaración formal de su mesianidad. Todo el esfuerzo del Precursor durante su vida, se había concentrado sobre este punto; él no había querido y ambicionado sino una cosa: llevar al pueblo á reconocer á Jesús como al Enviado. En la víspera de morir, él se halla con el pensamiento que era su gloria, y solicita de Jesús hasta el testimonio que debe consagrar su carrera, persuadir á sus propios discípulos recalitrantes y unirlos definitivamente al Maestro.

La respuesta de Jesús, en su reserva y laconismo, es de una claridad victoriosa; ella da en algunas palabras las señales irrecusables y la naturaleza del verdadero mesianismo, y ella contiene, bajo una dulce forma, una advertencia suprema.

Las señales del mesianismo son los milagros; Isaías lo ha dicho en términos formales que Jesús le copia: "El mismo Dios vendrá y nos salvará; entonces los ojos de los ciegos y los oídos de los sordos se abrirán; entonces el cojo saltará como el ciervo, y la lengua de los mudos será desatada." El Espíritu del Señor está sobre mí, él es para mí la unción de Dios. El me ha enviado á anunciar el Evangelio á los pobres.¹ Nada de terrestre, nada de nacional y de político en esta obra; no se trata de la emancipación ni de la gloria humana de un pueblo, sino de la salvación y de la libertad del hombre. Ninguna potestad humana es llamada. Dios solo en su bondad infinita, he aquí la fuerza oculta que obra; los pobres de espíritu,—los que no se creen nada y nada tienen,—he aquí á los elegidos en los que se ejercita su bondad y que acogen la buena nueva.

Esta sencilla palabra: "Los pobres son evangelizados," revela toda la audacia de la empresa. La sabiduría humana, con su pretensión de hablar á lo más distinguido y su incapacidad de tocar á los sencillos, está confundida. Lo que la razón no ha podido hacer, Dios lo cumplirá. Su luz que revela todo,—

¹ Is. XXXV.

² Is. XVI, LXI.

la miseria del hombre y los secretos de Dios,—brillará sobre toda conciencia; y sus rayos serán tanto más penetrantes cuanto el alma sea más pobre y más humilde. El talento no será nada, el corazón es todo. Sublime igualdad del Reino: en la nada de nuestra miseria es en donde Dios nos visita; y los más pequeños, los más convencidos de esta nada son los primeros, los únicos grandes y los más santos.

La miseria exterior, la debilidad aparente de Jesús, su humilde condición, su actitud respecto á las observancias farisáicas, su repudiación de todo elemento político y terrestre en la obra mesiánica, su simpatía y su bondad hacia los pobres, los publicanos y los pecadores, la afirmación de su derecho al título y á todas las funciones de un Mesías puramente espiritual: he aquí lo que escandalizó tanto á los Judíos entre los letrados, los más influyentes, los más rígidos, los más patriotas. Los discípulos de Juan lo experimentaron; ese escándalo crecerá de día en día; la muerte y la cruz pondrán el complemento, y se continuará en la continuación de los siglos. Todos los que no crean sino en su propia sabiduría, todos los espíritus embriagados en sus sistemas, encadenados á sus ideas preconcebidas, ávidos de gozar y apasionados por lo que pasa, desconocerán las señales del Salvador y se apartarán de él, llamando locura á la sabiduría de Dios, y debilidad á esta fuerza oculta que no atrae sino á los humildes.

A todos esos escandalizados Jesús dirige esta palabra como un aviso y una queja: "Dichoso aquel que no sea escandalizado de mí."

Los discípulos de Juan se retiraron.

Apenas hubieron partido, Jesús se puso á hablar de su maestro al pueblo que le rodeaba. Había entre la multitud Fariseos y Escribas. Tal vez se daba al mensaje del profeta una interpretación ofensiva para el mismo Jesús y para Juan. El defendió á su precursor en un discurso popular lleno de

¹ Mat. XI, 7-19; Luc. VII, 24-35.

energía, él exaltó su firmeza, su austeridad, su grandeza profética.

—“¿A quién habéis ido á ver al desierto?” preguntó á la multitud. “¿A una caña agitada por el viento?” No, ciertamente, Juan no era una caña. La multitud no podía dudar; su fuerza, su vehemencia, su valor inflexible, su carácter inquebrantable, su amor por la justicia, recordaban más bien á la encina que no se dobla.

—“Entonces,” continuó Jesús, “¿á quién habéis ido á ver al desierto? ¿A un hombre vestido con molicie?” La austeridad del Bautista había impresionado más vivamente al pueblo que su energía. El permanecía en la imaginación popular,— con su vestido de piel de camello y su cinturón de cuero,— el tipo del asceta; él nada tenía de esos Fariseos ni de esos Saduceos cortesanos que se visten de trajes suntuosos para ir á halagar á los príncipes.

“Aquellos no están en el desierto, es preciso buscarles en las moradas suntuosas y en los palacios.

—“Entonces,” exclamó Jesús, insistiendo con una fuerza creciente, “¿á quién habéis ido á ver? ¿A un profeta? El no solamente ha predicho, como todos los creyentes, él ha sido predicho; su advenimiento es un hecho señalado por los profetas. “De él es de quien está escrito: He aquí que yo envío á mi ángel delante de tu faz para preparar tu camino delante de ti.

“Por tanto, en verdad os digo, ninguno entre los hijos de las mujeres, ningún profeta es más grande que Juan Bautista.” Los otros no han percibido al Mesías sino de lejos, él le ha visto con sus ojos, él le ha mostrado al pueblo y le ha abierto el camino. Pero, cualesquiera que sea su grandeza, “el menor en el Reino de los cielos es superior á él,” porque, incorporado al Mesías, él participa de la plenitud del Espíritu, él entra en los bienes del Reino de quien Juan no ha hecho más que certificar la venida. “La Ley” con sus figuras, todos “los profetas” con sus oráculos, “hasta á Juan” quien les corona, pre-

paran, anuncian, presagian el Reino esperado; y “desde que Juan habló, hasta este día, la multitud se estrecha para entrar en el Reino, y los valerosos le arrebatan; la puerta estrecha es preciso forzarla.”

“Y no digáis que el Reino de Dios no puede venir antes que Elías, como lo predijo Malaquías, haya aparecido; porque si queréis comprender el sentido oculto, el Elías que debe venir es Juan.

“Que el que tiene oídos para escuchar, oiga.”

El eco de la voz de Jesús debió llegar hasta los oídos del prisionero, y se adivina su alegría indecible al saber lo que semejante boca decía de él.

Todo el pueblo, los pecadores y los publicanos, al recibir el bautismo del Precursor, habían tributado justicia á Dios y comprendido sus designios, mientras que los Fariseos, creyéndose irreprochables, habían rechazado el bautismo de Juan y despreciado en ellos mismos los designios de Dios.

El mismo fenómeno se reprodujo con respecto á Jesús: los pobres, las gentes de nada, los miserables, acudieron á él aceptando su doctrina y reclamando sus beneficios; mas los letrados, los ancianos, los jefes, se escandalizaban, resistían, discutían cerrados á toda confianza, endurecidos en su formalismo, inmovilizados en sus tradiciones. Este orgullo, que quiere siempre tener razón contra Dios, que nunca está satisfecho sino de sí, aparecía á sus ojos como el gran obstáculo del Reino; para desenmascararle y confundirle en la persona de los Fariseos, los adversarios de Juan y los suyos, él dijo todavía:

—“¿Sabéis á quiénes se parecen los hombres de este tiempo? A los niños sentados en la plaza, simulando las bodas ó los funerales, y que se hablan los unos á los otros: “Hemos tocado la flauta,” dicen ellos, “y no habéis bailado; hemos can-

1 La expresión βίβραται marca el esfuerzo violento del que el Reino de los cielos es el objeto de parte de aquellos que se precipitan para tomarle y llevarle como un botín. El ἀρπαγιστὴν αὐτὴν βράσσει hace alusión á esas almas generosas de los publicanos y de los pecadores que le arrebatan por la violencia de su arrepentimiento y de su fe.

tado canciones lúgubres y no habéis llorado." Juan ha venido no comiendo pan, no bebiendo vino, y decís: El está poseído del demonio. El Hijo del hombre viene comiendo y bebiendo, y decís: Este es un hombre aficionado á la mesa y que ama el vino, amigo de los publicanos y de los pecadores."

Todo para vosotros es escándalo: la austeridad y la sencillez de la vida.

"Mas los hijos de la sabiduría, sus elegidos, la comprenden y la glorifican."

Una escena arrebatadora iba á mostrarle, por qué todas las palabras de Jesús se realizan; las enseñanzas y los actos en su vida, se esclarecen los unos á los otros, entremezclados con un arte divino.

Un cierto Simón suplicó á Jesús comiera en su casa. El era del número de esos Fariseos que, no reconociendo en el Profeta el ideal mesiánico de su piedad formalista, permanecían, á este respecto, en una curiosidad desconfiada. Jesús fué recibido sin ninguna marca de honor; no se le llevó agua para lavar sus piés, no se le dió el beso, y no se derramó el perfume sobre su cabeza. El entró como un huésped ordinario y se puso á la mesa acostado, según la costumbre, sobre los lechos destinados á los convidados. "Y he aquí que una mujer de la ciudad, una pecadora, habiendo sabido que él estaba en la mesa en la casa de Simón, entró en la sala en medio de los invitados."

"Ella llevaba un vaso de alabastro, lleno de perfumes. Ella llegó hasta Jesús, y conservándose detrás de él á sus piés, comenzó á bañarles con sus lágrimas, y enjugándoles con sus cabellos, les besó y les ungió de perfumes.

"Lo que al ser visto por el Fariseo que le había invitado se puso á decir dentro de sí mismo: Si este fuese verdadera-

1. Luc. VII, 36-50.

2 Véase el Apéndice R. Las dos unciones.

mente profeta, sabría quién es esta mujer que le toca, que es una pecadora.

"Entonces, respondiendo á su pensamiento, Jesús le dijo: Simón, tengo algo que decirte.—Señor, replicó Simón, decid.

—"Un acreedor tenía dos deudores: uno le debía quinientos denarios, el otro cincuenta. Como ellos no tenían con qué pagar su deuda, él perdonó á los dos. ¿Cuál le amaría más?

—"Aquel, yo pienso, respondió Simón, á quien él perdonó más. Jesús le dijo: Has juzgado bien.

"Entonces, volviéndose hacia la mujer arrodillada á sus piés agregó: ¿Ves esta mujer? Yo he entrado en tu casa, y tú no me has dado agua para lavar mis piés; pero ella los ha regado con sus lágrimas y les ha enjugado con sus cabellos. Tú no me has dado el beso; pero ella desde que entró no ha cesado de besarme los piés. Tú no has derramado el perfume sobre mi cabeza, y ella le ha derramado sobre mis piés.

"Por esto yo te digo: Muchos pecados le son perdonados, porque ha amado mucho. Pero aquel á quien se perdona menos, ama menos.

"Entonces Jesús dijo á la mujer: Tus pecados te son perdonados.

"Los convidados acostados en la mesa con él, admirados, escandalizados, murmuraron:—¿Quién es este, dijeron dentro de sí mismos, que perdona los pecados?

"Mas Jesús dijo á la mujer: "Tu fe te ha salvado, véte en paz."

Esta pecadora, de quien el Evangelio ha querido, por un sentimiento delicado de reserva, callar el nombre, la tradición casi unánime la ha reconocido: es María-Magdalena.

Ella perteneció á una familia rica y tenía un hermano llamado Lázaro que poseía cuantiosos bienes en Jerusalem; su hermana, llamada Marta, habitaba en Bethania; también ella tenía tierras en Galilea y habitaba sobre la ribera occidental del lago, en Magdala,—lo que le ha valido el sobrenombre de

Magdalena. No se sabe si ella era libre, casada ó viuda. La historia no ha guardado de su juventud mas que el recuerdo de sus devaneos. Ella era de aquellas á quienes el corazón y la pasión arrastraban, y que les sacrificaban todo, hasta el honor. Sus adulterios eran públicos.

Dos mujeres, en ese tiempo, dos princesas, la una pagana, la otra Judía,—Julia, la hija de Augusto, y Herodías,—escandalizaban al mundo, la primera por sus desórdenes desenfrenados, la segunda por su incesto.

La mujer caída á quien ningún freno contiene, desafia la opinión para vengarse de sus desprecios. Los vicios entonces se multiplican y nacen los unos de los otros: los locos amores engendran la vanidad y el orgullo, el celo y la cólera, la voluptuosidad y sus refinamientos, la molice y sus debilidades. El Evangelio revela con una palabra misteriosa el abismo en cuyo fondo había caído María—Magdalena: “De ella es de quien hablan salido siete demonios.”

Ella cedía bajo el yugo invisible de las potestades del mal del que ningún desorden aparente revela la presencia,—especie de posesión invisible, no menos terrible que la posesión corporal, porque ella entrega nuestros sentidos á las sugestiones violentas é imperiosas del espíritu malo.

El número de estos esclavos es grande; para libertarles ninguna voluntad humana basta, ella viene á estrellarse contra las energías que la dominan. El Espíritu de Dios tiene el privilegio de esas reducciones prodigiosas cerca de las cuales el milagro físico no es nada.

Las pasiones, aun satisfechas, no calman, ellas devoran sin saciar. El alma, siempre hambrienta de Dios, gime y languidece. La pecadora ha conocido esta angustia y este vacío; ella ha debido hallarse en el camino del Profeta que conmovió la Galilea. Tal vez ella le oyó hablar á la multitud. Quizá Jesús ya tenía por amigo á su hermano Lázaro, y recibido de Marta, en Bethania, la hospitalidad, mientras que María—Magdalena corría á sus placeres.

El eco de las palabras de Jesús llegó seguramente hasta á su miseria. La enseñanza del Maestro parecía hecha para ella; alguna de sus palabras debía ir recta á su conciencia y á su corazón. El se decía enviado no para los justos, sino para los pecadores; él hablaba frecuentemente “de la oveja perdida y de la alegría de hallarla;” ¿no fué él quien también decía: “los publicanos y los cortesanos sobrepujarán á los Fariseos en el Reino de Dios?” Ella conoció las lágrimas y los dolores de la vida de las pasiones; y esta otra palabra de Jesús: “Dichosos los que lloran, ellos serán consolados;” ¿no le estaba también dirigida?

Nada es más poderoso para una alma abrumada por el peso de sus faltas, que la mansedumbre que compadece y la voz que perdona. La dulzura del Maestro, su bondad y su misericordia, eran populares. Jamás Dios se había mostrado bajo caracteres más suaves; jamás su bondad se había presentado más atractivo.

¿Qué pasó en el alma de María—Magdalena? ¿Cómo penetró el rayo divino que debía salvarla? ¿Cuáles fueron sus luchas interiores? Lo ignoramos. Un día llegó en el que se abrieron sus ojos: ella reconoció en Jesús al Salvador que perdona. Ese día, ella ya no vaciló. Semejantes naturalezas no se detienen en el camino; su grandeza es ir siempre, en el bien como en el mal, hasta el extremo de ellas mismas. La pecadora pública quiso ser la penitente pública. El que ama no razona; él obedece como esclavo al sentimiento que le subyuga, y aquella que desafiaba á la opinión para seguir sus pasiones terrestres, la desdeña para irse á arrojar á los piés de Jesús.

Habiendo sabido que él estaba invitado en la casa de Simón el Fariseo, ella se sintió impulsada por una fuerza superior: ella quiso confesar delante de él su miseria, ella tenía necesidad de expresar su arrepentimiento y su dolor, su amor y su fe, de escuchar una palabra de misericordia y de perdón. Nadie sabía el drama que trastornaba su vida; ella era todavía para todos la mujer extraviada y perdida.

Ella entró, silenciosa y cubierta, no viendo ni las miradas desdeñosas de los convidados, alarmados, ofendidos, en su piedad soberbia, por su presencia; ella vino á colocarse detrás de Jesús, teniendo en la mano un vaso de alabastro, lleno de perfume.

El mayor honor que se puede hacer á un hombre, á un profeta, en Oriente, era romper esos vasos frágiles y esparcir sobre su cabeza y sobre sus piés el licor embalsamado. María no dijo nada: los sentimientos que se desbordan son mudos. Ni una palabra puede salir de los labios de esta mujer á quien invadían el dolor y el amor de Dios. Pero su actitud humillada, sus lágrimas, sus besos, su cabellera desatada, tienen una elocuencia que ninguna palabra puede igualar.

No es solamente el profeta el que ella ve en Jesús y que ella venera, es el Hijo de Dios á quien adora. Ella no viene, como la multitud, á pedir un beneficio material; ella viene á implorar á Aquel que cura el alma, la purifica y la transforma. Nunca el arrepentimiento ha llorado así, jamás el amor penitente ha tenido ternura más delicada y más ardiente para hacerse perdonar, jamás lágrimas y perfumes han simbolizado una fe más viva, una adoración más plena.

María-Magdalena es el tipo acabado de los convertidos; y el hombre que ha inspirado y ha acogido tales sentimientos no es solamente un hombre, es bajo una forma humana, la expresión misma de la belleza y de la bondad infinitas.

El lo da claramente á entender; sus palabras suponen que él se identifica con el Bien, que él es el Dios á quien se ofende y el Dios que perdona, el Dios que acoge el arrepentimiento de un corazón despedazado y el Dios que regenera. Su divinidad resplandece. El amor que él inspira es el amor del mismo Dios, él borra los pecados de la multitud.

El hombre se desvanece, y Dios se muestra en su misericordia inefable; á él es á quien adora en Jesús la pecadora ya transfigurada.

—“Tus pecados te son perdonados,” la dijo, “tu fe te ha salvado. Véte en paz.”

Perdonar los pecados no pertenece sino á Dios. La fe en Dios salva sólo á las almas perdidas, y no está en el poder del hombre dar el perdón como la paz. Jesús dijo estas cosas y las cumplió.

Los que las han oído y experimentado, como María-Magdalena, en el secreto de la conciencia, las comprenden; los demás que no creen y que no aman, á ejemplo de los Fariseos, se escandalizan, cegados, y murmuran. Pero Jesús está justificado por sus elegidos.

En lo sucesivo, el pecador puede tener confianza; su miseria no está sin esperanza. El mal ha hallado un señor; para vencerle, basta al hombre creer y arrepentirse, llorar y amar. Por bajo que haya caído, le quedan siempre las lágrimas y la fe. Que él imite á la pecadora y que venga á llorar á los piés de Jesús.

Legiones de almas se han levantado de la ignominia siguiendo á la pecadora de Magdala. Ella abre la vía y conduce el cortejo de los convertidos y rehabilitados; ella personifica á la humanidad perdida por los vicios quien ha hallado á los piés de Jesús al Dios que ella debía amar y cuyo amor la transfigura, dándole la misericordia y la paz.

La escena del festín de la casa de Simón se reprodujo invisiblemente como todos los hechos del Evangelio. El Fariseo, desconfiado hasta en su benevolencia, no ha cambiado; él es siempre incapaz de comprender al Dios que perdona y al alma que se arrepiente, que espía y que le adora. Pero al lado de esta raza obstinada, de corazón duro y de espíritu rebelde, se ve y se admira á las almas salvadas por el amor y la fe.

Las lágrimas de Magdalena corren inagotables; los perfumes siempre se han derramado sobre la carne del Hijo del hombre; él es amado de siglo en siglo; y él no cesa de decir

al hombre la palabra de perdón que anima y que consuela: Muchos pecados son perdonados á los que han amado mucho. Vuestra fe os ha salvado; vosotros los que lloráis, vosotros los que creéis, vosotros los que amáis, id en paz.



CAPITULO VI.

LAS PARÁBOLAS DEL REINO DE DIOS.

Los días que siguen al viaje de Naim y la conversión esplendente de María-Magdalena, son consagrados á la evangelización popular.

La actividad apóstólica de Jesús es infatigable. El va, dice un Evangelio,¹ de ciudad en ciudad, de aldea en aldea, predicando por doquiera y anunciando el Reino de Dios. El viaja sin reposo, sin tregua, con los Doce. Jesús no posee nada, ni tesoro, ni tierra, ni casa; todo entero á la obra divina, él no se ocupa de lo que debe vestirle ó alimentarle. Pero el Padre provee á todo; él es quien apela al honor de servirle á algunas mujeres² de una adhesión absoluta, transfigurado por la fe y centuplicado por el amor. Muchos han sido curados por Jesús de sus debilidades, y el reconocimiento, natural á la mujer, ha hecho sus sirvientes fieles. Después de la Madre de Jesús, á la cabeza, se ve á María-Magdalena, la convertida. Citase

¹ Luc., VIII, 1.

² Luc., VIII, 2, 3.